el caso á términos de rompimiento y desafío de persona á persona; y brevemente se hizo causa de toda la nacion, que sintió el agravio de su capitan, y se previno á su defensa: con cuyo ejemplo tumultuaron otros caciques parciales del ofendido, y tomando resolucion de retirar sus tropas de un ejército donde se desestimaba su valor, lo ejecutaron con tanto enojo y celeridad, que pusieron en desórden y turbacion á los demas: y Jicotencal, conociendo su flaqueza, trató solamente de ponerse en salvo, dejando á sus enemigos el campo y la victoria.

Tumulto del ejército enemigo.

No es nuestro ánimo referir como milagro este suceso tan favorable y tan oportuno á los Españoles; ántes confesamos que fué casual la desunion de aquellos caciques, y fácil de suceder donde mandaba un general impaciente, con poca superioridad entre los confederados de su república. Pero quien viere quebrantado y deshecho primera y segunda vez aquel ejército poderoso de innumerables bárbaros, obra negada ó superior á las fuerzas humanas, conocerá en esta misma casualidad la mano de Dios, cuya inefable sabiduría suele fabricar sus altos fines sobre contingencias ordinarias, sirviéndose muchas veces de lo que permite, para encaminar lo mismo que dispone.

Notables circunstancias de este suceso.

No se tiene por milagro este suceso.

Fué grande el número de los Indios que murieron en esta ocasion, y mayor el de los heridos: así lo referian ellos despues; y de los nuestros murió solo un soldado, y salieron veinte con algunas heridas de tan poca consideracion, que pudieron asistir á las guardias aquella misma noche. Pero siendo esta victoria tan grande, y mas llenamente admirable que la pasada, porque se peleó con mayor ejército, y se retiró deshecho el enemigo, pudo tanto en algunos de los soldados españoles la novedad de haberse visto rotos y desordenados en la batalla, que volvieron al cuartel melancólicos y desalentados con ánimo y semblante de vencidos. Eran muchos los que decian con poco recato, que no querian perderse de conocido por el antojo de Cortés, y que tratase de volverse á la Vera Cruz, pues era imposible pasar adelante; ó lo ejecutarian ellos, dejándole solo con su ambicion y su temeridad. Entendiólo Hernan Cortés, y se retiró á su barraca, sin tratar de reducirlos, hasta que se cobrasen de aquel reciente pavor, y tuviesen tiempo de conocer el desacierto de su proposicion: que en este género de males irritan mas que corrigen los remedios apresurados; siendo el temor en los hombres una pasion violenta, que suele tener sus primeros ímpetus contra la razon.

Daño que se hizo al enemigo.

Desaliento intempestivo de los nuestros.

Efectos del temor.

CAPITULO XIX.

Sosiega Hernan Cortés la nueva turbacion de su gente. Los de Tlascala tienen por encantadores á los Españoles: consultan sus adivinos, y por su consejo los asaltan de noche en su cuartel.

Iba tomando cuerpo la inquietud de los malcontentos; y no bastando á reducirlos la diligencia de los capitanes, ni el contrario sentir de la gente de obligaciones, fué necesario que Hernan Cortés sacase la cara, y tratase de ponerlos en razon: para cuyo efecto mandó que se juntasen en la plaza de armas todos los Españoles con pretesto de tomar acuerdo sobre el estado presente de las cosas: y acomodando cerca de sí á los mas inquietos, especie de favor en que iba envuelta la importancia de que le oyesen mejor:

Habla Cortés á los malcontentos.

« Poco tenemos, dijo, que discurrir en lo que debe « obrar nuestro ejército, vencidas en poco tiempo dos « batallas, en que se ha conocido igualmente vuestro « valor y la flaqueza de vuestros enemigos: y aunque no suele « ser el último afan de la guerra el vencer, pues tiene sus dificul- « tades el seguir la victoria, y debemos todavía recatarnos de « aquel género de peligros, que andan muchas veces con los bue- « nos sucesos como pensiones de la humana felicidad; no es este, « amigos, mi cuidado: para mayor duda necesito de vuestro « consejo. Dícenme que algunos de nuestros soldados vuelven á « desear y se animan á proponer que nos retiremos. Bien creo « que fundarán este dictámen sobre alguna razon aparente; pero « no es bien que punto de tanta importancia se trate á manera de « murmuracion. Decid todos libremente vuestro sentir: no desau- « toriceis vuestro celo tratándole como delito: y para que discur- « ramos todos sobre lo que conviene á todos, considérese pri- « mero el estado en que nos hallamos, y resuélvase de una vez « algo que no se pueda contradecir. Esta jornada se intentó con « vuestro parecer, y pudiera decir con vuestro aplauso: nuestra « resolucion fué pasar á la corte de Motezuma: todos nos sacri- « ficamos á esta empresa por nuestra religion, por nuestro rey, « y despues por nuestra honra y nuestras esperanzas. Esos Indios « de Tlascala, que intentaron oponerse á nuestro designio con « todo el poder de su república y confederaciones, estan ya ven- « cidos y desbaratados. No es posible, segun las reglas naturales, « que tarden mucho en rogarnos con la paz, ó cedernos el paso. « Si esto se consigue, ¿cómo crecerá nuestro crédito? ¿dónde nos « pondrá la aprehension de estos bárbaros, que hoy nos coloca « entre sus dioses? Motezuma, que nos esperaba cuidadoso, como

« se ha conocido en la repeticion y artificio de sus embajadas, « nos ha de mirar con mayor asombro, domados los Tlascaltecas, « que son los valientes de su tierra y los que se mantienen con « las armas fuera de su dominio. Muy posible será que nos ofrezca « partidos ventajosos, temiendo que nos coliguemos con sus re- « beldes; y muy posible que esta misma dificultad que hoy es- « perimentamos, sea el instrumento de que se vale Dios para fa- « cilitar nuestra empresa, probando nuestra constancia: que no « ha de hacer milagros con nosotros, sin servirse de nuestro co- « razon y nuestras manos. Pero si volvemos las espaldas (y sere- « mos los primeros á quien desanimen las victorias), perdióse de « una vez la obra y el trabajo. ¿Qué podemos esperar? ¿ó qué « no debemos temer? Esos mismos vencidos, que hoy estan ame- « drentados y fugitivos, se han de animar con nuestro desaliento, « y dueños de los atajos y asperezas de la tierra, nos han de per- « seguir y deshacer en la marcha. Los Indios amigos, que sirven á « nuestro lado contentos y animosos, se han de apartar de nuestro « ejército, y procurar escaparse á sus tierras, publicando en ellas « nuestro vituperio. Los Zempoales y Totonaques, nuestros con- « federados, que son el único refugio de nuestra retirada, han de « conspirar contra nosotros, perdido el gran concepto que tenian « de nuestras fuerzas. Vuelvo á decir que se considere todo con « maduro consejo, y midiendo las esperanzas que abandonamos « con los peligros á que nos esponemos, propongais y delibereis « lo que fuere mas conveniente; que yo dejo toda su libertad á « vuestro discurso: y he tocado estos inconvenientes mas para « disculpar mi opinion, que para defenderla. » Apénas acabó Hernan Cortés su razonamiento, cuando uno de los sol- dados inquietos, conociendo la razon, levantó la voz, diciendo á sus parciales: « Amigos, nuestro capitan pregunta lo « que se ha de hacer; pero enseña preguntando: ya no es posible « retirarnos sin perdernos. »

Habla por todos un soldado.

Diéronse los demas por convencidos, confesando su error: aplaudió su desengaño el resto de la gente, y se resolvió por aclamacion que se prosiguiese la empresa: quedando enteramente remediada por entónces la inquietud de aquellos soldados que apetecian el descanso de la isla de Cuba, cuya sinrazon fué una de las dificultades que mas trabajaron el ánimo y ejercitaron la constancia de Cortés en esta jornada.

Redúcense los demas.

Causó raro desconsuelo en Tlascala esta segunda rota de su ejército. Todos andaban admirados y confusos. El pueblo clamaba por la paz: los magnates no hallaban camino de proseguir la guerra: unos trataban de retirarse á los montes con sus familias: otros decian que los Españoles eran deidades, inclinándose á que se les diese la obediencia con circunstancias de adoracion. Juntáronse los senadores para tratar del remedio: y

Desanimanse los Tlascaltecas.

empezando á discurrir por su mismo asombro, confesaron todos que las fuerzas de aquellos estrangeros no parecian naturales; pero no se acababan de persuadir á que fuesen dioses, teniendo por ligereza el acomodarse á la credulidad del vulgo; ántes vinieron á recaer en el dictámen de que se obraban aquellas hazañas de tanta maravilla por arte de encantamento: resolviendo que se debia recurrir á la misma ciencia para vencerlos, y desarmar un encanto con otro. Llamaron para este fin á sus magos y agoreros, cuya ilusoria facultad tenia el demonio muy introducida, y no ménos venerada en aquella tierra. Comunicóseles el pensamiento del senado, y ellos asintieron á él con misteriosa ponderacion; y dando á entender que sabian la duda que se les habia de proponer, y que traian estudiado el caso de prevencion, dijeron: « Que mediante « la observacion de sus círculos y adivinaciones, te- « nian ya descubierto y averiguado el secreto de « aquella novedad; y que todo consistia en que los Españoles eran « hijos del sol, producidos de su misma actividad en la madre « tierra de las regiones orientales: siendo su mayor encantamento « la presencia de su padre, cuya fervorosa influencia les comuni- « caba un género de fuerza superior á la naturaleza humana, que « los ponia en términos de inmortales. Pero que al trasponer por « el occidente, cesaba la influencia, y quedaban desalentados y « marchitos como las yerbas del campo, reduciéndose á los lími- « tes de la mortalidad como los otros hombres: por cuya consi- « deracion convendria embestirlos de noche, y acabar con ellos « ántes que el nuevo sol los hiciese invencibles. »

Creen que son encantadores sus enemigos.

Vienen al senado los agoreros.

Proposicion de los agoreros.

Celebraron mucho aquellos padres conscriptos la gran sabiduría de sus magos, dándose por satisfechos de que habian hallado el punto de la dificultad y descubierto el camino de conseguir la victoria. Era contra el estilo de aquella tierra el pelear de noche; pero como los casos nuevos tienen poco respeto á la costumbre, se comunicó á Jicotencal esta importante noticia, ordenándole que asaltase, despues de puesto el sol, el cuartel de los Españoles, procurando destruirlos y acabarlos ántes que volviese al oriente: y él empezó á disponer su faccion, creyendo, con alguna disculpa, la impostura de los magos, porque llegó á sus oidos autorizada con el dictámen de los senadores.

¡Resuélvese que se haga de noche la guerra.

Envianse las ordenes á Jicotencal.

En este medio tiempo tuvieron los Españoles diferentes reencuentros de poca consecuencia: dejáronse ver en las eminencias vecinas al cuartel algunas tropas del enemigo, que huyeron ántes de pelear, ó fueron rechazadas con pérdida suya. Hiciéronse algunas salidas á poner en contribucion los pueblos cercanos, donde se hacia buen pasage á los vecinos, y se ganaban voluntades y bastimentos. Cuidaba mucho

Hacianse algunas salidas del cuartel.

Hernan Cortés de que no se relajase la disciplina y vigilancia de su gente con el ocio del alojamiento. Tenia siempre sus centinelas á lo largo: hacianse las guardias con todo el rigor militar: quedaban de noche ensillados los caballos con las bridas en el arzon; y el soldado que se aliviaba de las armas, ó reposaba en ellas mismas, ó no reposaba. Puntualidades que solo parecen demasiadas á los negligentes, y que fueron entónces bien necesarias; porque llegando la noche destinada para el asalto que tenian resuelto los de Tlascala, reconocieron las centinelas un grueso del enemigo que venia marchando la vuelta del alojamiento con espacio y silencio fuera de su costumbre. Pasó la noticia sin hacer ruido; y como cayó este accidente sobre la prevencion ordinaria de nuestros soldados, se coronó brevemente la muralla, y se dispuso con facilidad todo lo que pareció conveniente á la defensa.

Marcha Jicotencal de noche.

Venia Jicotencal muy embebido en la fe de sus agoreros, creyendo hallar desalentados y sin fuerzas á los Españoles, y acabar su guerra sin que lo supiese el sol; pero traia diez mil guerreros, por si no se hubiesen acabado de marchitar. Dejáronle acercar los nuestros sin hacer movimiento: y él dispuso que se atacase por tres partes el cuartel, cuya órden ejecutaron los Indios con prestoza y resolucion; pero hallaron sobre sí tan poderosa y no esperada resistencia, que murieron muchos en la demanda, y quedaron todos asombrados con otro género de temor hecho de la misma seguridad con que venian. Conoció Jicotencal, aunque tarde, la ilusion de sus agoreros, y conoció tambien la dificultad de su empresa; pero no se supo entender con su ira y con su corazon: y así ordenó que se embistiese de nuevo por todas partes, y se volvió al asalto, cargando todo el grueso de su ejército sobre nuestras defensas. No se puede negar á los Indios el valor con que intentaron este género de pelear, nuevo en su milicia, por la noche y por la fortificacion. Ayudábanse unos á otros con el hombro y con los brazos para ganar la muralla, y recibian las heridas, haciéndolas mayores con su mismo impulso, ó cayendo los primeros, sin escarmiento de los que venian detras. Duró largo rato el combate, peleando contra ellos tanto como nuestras armas su mismo desórden, hasta que desengañado Jicotencal de que no era posible á sus fuerzas lo que intentaba, mandó que se hiciese la seña de recoger, y trató de retirarse. Pero Hernan Cortés, que velaba sobre todo, luego que reconoció su flaqueza y vió que se apartaban atropelladamente de la muralla, echó fuera parte de su infantería, y todos los caballos, que tenia ya prevenidos con pretales de cascabeles, para que abultasen mas con el ruido y la novedad: cuyo repentino asalto puso en tanto pavor á los Indios, que solo trataron de escapar sin hacer resistencia. Dejaron considerable número de muertos en la campaña, con algunos heridos que no pudieron retirar; y de los Españoles quedaron solo heridos dos ó tres soldados, y muerto uno de los Zempoales. Suceso que pareció tambien milagroso, considerada la multitud innumerable de flechas, dardos y piedras que se hallaron dentro del recinto: y victoria que por su facilidad y poca costa se celebró con particular demostracion de alegría entre los soldados; aunque no sabian entónces cuánto les importaba el haber sido valientes de noche, ni la obligacion en que estaban á los magos de Tlascala: cuyo desvarío sirvió tambien en esta obra, porque levantó á lo sumo el crédito de los Españoles, y les facilitó la paz, que es el mejor fruto de la guerra.

Halla prevenidos á los Españoles.

Segundo asalto de los Tlascaltecas.

Vuelven rechazados los enemigos.

Salida de los Españoles.

Pérdida de los enemigos.

CAPITULO XX.

Manda el senado á su general que suspenda la guerra, y él no quiere obedecer; ántes trata de dar nuevo asalto al cuartel de los Españoles: conócense y castíganse sus espías; y dase principio á las pláticas de la paz.

Desvanecidas en la ciudad aquellas grandes esperanzas que se habian concebido, sin otra causa que fiar el suceso de sus armas al favor de la noche, volvió á clamar el pueblo por la paz. Inquietáronse los nobles, hechos ya populares, con ménos ruido, pero con el mismo sentir: quedaron sin aliento y sin discurso los senadores: y su primera demostracion fué castigar en los agoreros su propia liviandad; no tanto porque fuese novedad en ellos el engaño, como porque se corrieron de haberlos creido. Dos ó tres de los mas principales fueron sacrificados en uno de sus templos; y los demas tendrian su reprension y quedarian obligados á mentir con ménos libertad en aquel auditorio.

Claman los Tlascaltecas por la paz.

Castigo de los agoreros.

Juntóse despues el senado para tratar el negocio principal, y todos se inclinaron á la paz sin controversia, concediendo al entendimiento de Magiscatzin la ventaja de haber conocido ántes la verdad, y confesando los mas incrédulos que aquellos estrangeros eran sin duda los hombres celestiales de sus profecías. Decretóse por primera resolucion que se despachase luego espresa órden á Jicotencal para que suspendiese la guerra, y estuviese á la mira: teniendo entendido que se trataba de la paz, y que por parte del senado quedaba ya resuelta, y se nombrarian luego embajadores que la propusiesen y ajustasen con los mejores partidos que se pudiesen conseguir á favor de su república.

Ordena el senado que se suspenda la guerra.

Pero Jicotencal estaba tan obstinado contra los Españoles, y

No obedece Jicotencal al senado.

tan ciego en el empeño de sus armas, que se negó totalmente á la obediencia de esta órden, y respondió con arrogancia y desabrimiento: que él y sus soldados eran el verdadero senado, y mirarian por el crédito de su nacion, ya que la desamparaban los padres de la patria. Tenia dispuesto el asaltar segunda vez á los Españoles de noche y dentro de su cuartel; no porque hiciese caso de las adivinaciones pasadas, sino porque le pareció mejor tenerlos encerrados, para que viniesen vivos á sus manos; pero trataba de ir á esta faccion con mas gente, y con mejores noticias: y sabiendo que algunos paisanos de los lugares circunvecinos acudian al cuartel con bastimentos, por la codicia de los rescates, se sirvió de este medio para facilitar su empresa, y nombró cuarenta soldados de su satisfaccion, que vestidos en trage de villanos, y cargados de frutas, gallinas y pan de maiz, entrasen dentro de la plaza y procurasen observar la calidad y fuerza de su fortificacion, y por qué parte se podria dar el asalto con ménos dificultad. Algunos dicen que fueron estos Indios como embajadores del mismo Jicotencal con pláticas fingidas de paz; en cuyo caso seria mas culpable la inadvertencia de los nuestros: pero bien fuese con este ó con aquel pretesto, ellos entraron en el cuartel, y estuvieron entre los Españoles mucha parte de la mañana, sin que se hiciese reparo en su detencion, hasta que uno de los soldados zempoales advirtió que andaban reconociendo cautelosamente la muralla, y asomándose á ella por diferentes partes con recatada curiosidad, de que avisó luego á Cortés: y como en este género de sospechas no hay indicio leve, ni sombra que no tenga cuerpo, mandó que los prendiesen al instante; lo cual se ejecutó con facilidad: y examinados separadamente, dijeron con poca resistencia la verdad, unos en el tormento, y otros en el temor de recibirle: concordando todos en que aquella misma noche se habia de dar segundo asalto al cuartel, á cuya faccion vendria ya marchando su general con veinte mil hombres, y los habia de esperar á distancia de una legua, para disponer sus ataques segun la noticia que le llevasen de las flaquezas que hubiesen observado en la muralla.

Intenta ganar el cuartel por interpresa.

Entran Tlascaltecas en el cuartel en trage de villanos.

Son aprehendidos, y confiesan el intento de Jicotencal.

Estaba Hernan Cortés con poca salud.

Sintió mucho Hernan Cortés este accidente, porque se hallaba con poca salud, y le costaba el disimular su enfermedad mayor trabajo que padecerla; pero nunca se rindió á la cama, y solo cuidaba de curarse cuando no habia de que cuidar. Refiérese de él (no lo pasemos en silencio) que una de las ocasiones que se ofrecieron sobre Tlascala le halló recien purgado, y que montó á caballo, y anduvo en la disposicion de la batalla, y en los peligros de ella, sin acordarse del achaque, ni sentir el remedio, que hizo el dia siguiente su operacion, cobrando con la quietud del sugeto su eficacia y su actividad. Don fray Prudencio de Sandoval, en su Historia del Emperador, lo califica por milagro que Dios obró con él. Dictámen que impugnarán los filósofos, á cuya profesion toca el discurrir cómo pudo en este caso arrebatarse la facultad natural en seguimiento de la imaginacion ocupada en mayor negocio, ó cómo se recogieron los espíritus al corazon y á la cabeza, llevándose tras sí el calor natural con que se habia de actuar el medicamento. Pero el historiador no debe omitir la sencilla narracion de un suceso en que se conoce cuánto se entregaba este capitan al cuidado vigilante de lo que debia mandar y disponer en la batalla: ocupacion verdaderamente que necesita de todo el hombre por grande que sea: y ponderaciones que alguna vez son permitidas en la historia, por lo que sirven al ejemplo y animan á la imitacion.

Suceso de una purga que tomó en este tiempo.

No fué milagroso el suceso.

Averiguados ya los designios de Jicotencal por la confesion de sus espías, trató Hernan Cortés de prevenir todo lo necesario para la defensa de su cuartel: y pasó luego á discurrir en el castigo que merecian aquellos delincuentes condenados á muerte segun las leyes de la guerra; pero le pareció que el hacerlos matar sin noticia de los enemigos seria justicia sin escarmiento: y como necesitaba ménos de su satisfaccion que del terror ageno, ordenó que á los que estuvieron mas negativos, que serian catorce ó quince, se les cortasen las manos á unos, y á otros los dedos pulgares, y los envió de esta suerte á su ejército: mandándoles que dijesen de su parte á Jicotencal, que ya le quedaban esperando; y que se los enviaba con la vida, porque no se le malograsen las noticias que llevaban de sus fortificaciones.

Envia Cortés á las espias cortadas las manos.

Hizo grande horror en el ejército de los Indios, que venia ya marchando á su faccion, este sangriento espectáculo: quedaron todos atónitos notando la novedad y el rigor del castigo; y Jicotencal mas que todos cuidadoso de que se hubiesen descubierto sus designios: siendo este el primer golpe que le tocó en el ánimo y empezó á quebrantar su resolucion; porque se persuadió á que no podian sin alguna divinidad aquellos hombres haber conocido sus espías y penetrado su pensamiento: con cuya imaginacion empezó á congojarse, y á dudar en el partido que debia tomar: pero cuando ya estaba inclinado á resolver su retirada, la halló necesaria por otro accidente, y se hizo sin su voluntad lo mismo que resistia su obstinacion. Llegaron á este tiempo diferentes ministros del senado, que autorizados con su representacion, le intimaron que arrimase el baston de general: porque vista su inobediencia y el atrevimiento de su respuesta, se habia revocado el nombramiento en cuya virtud gobernaba las armas de la república. Mandaron tambien á los capitanes que no le obedeciesen, pena de

Desaliento de Jicotencal.

Quitale el senado el baston de general.

ser declarados por traidores á la patria: y como cayó esta novedad sobre la turbacion que causó en todos el destrozo de sus espías, y en Jicotencal la penetracion de su secreto, ninguno se atrevió á replicar; ántes inclinaron las cervices al precepto de la república, deshaciéndose con estraordinaria prontitud todo aquel aparato de guerra. Marcharon los caciques á sus tierras: la gente de Tlascala tomó el camino sin esperar otra órden: y Jicotencal, que estaba ya ménos animoso, tuvo á felicidad que le quitasen las armas de las manos, y se recogió á la ciudad acompañado solamente de sus amigos y parientes: donde se presentó al senado, mal escondido su despecho en esta demostracion de su obediencia.

Deshácese el ejército de Jicotencal.

Los Españoles pasaron aquella noche con cuidado, y sosegaron el dia siguiente sin descuido, porque no se acababan de asegurar de la intencion del enemigo, aunque los Indios de la contribucion afirmaban que se habia deshecho el ejército, y esforzado la plática de la paz. Duró esta suspension hasta que otro dia por la mañana descubrieron las centinelas una tropa de Indios, que venian, al parecer, con algunas cargas sobre los hombros, por el camino de Tlascala: y Hernan Cortés mandó que se retirasen á la plaza y los dejasen llegar. Guiaban esta tropa cuatro personages de respeto, bien adornados, cuyo trage y plumas blancas denotaban la paz: detras de ellos venian sus criados; y despues veinte ó treinta Indios tamenes cargados de vituallas. Deteníanse de cuando en cuando, como recelosos de acercarse, y hacian grandes humiliaciones hácia el cuartel, entreteniendo el miedo con la cortesía: inclinaban el pecho hasta tocar la tierra con las manos, levantándose despues para ponerlas en los labios: reverencia que solo usaban con sus príncipes; y en estando mas cerca, subieron de punto el rendimiento con el humo de sus incensarios. Dejóse ver entónces sobre la muralla doña Marina, y en su lengua les preguntó, de parte de quién, y á qué venian. Respondieron, que de parte del senado y república de Tlascala, y á tratar de la paz: con que se les concedió la entrada.

Embajada del senado á Cortés.

Llegan los enviados con insignias de paz.

Recibiólos Hernan Cortés con aparato y severidad conveniente: y ellos, repitiendo sus reverencias y sus perfumes, dieron su embajada, que se redujo á diferentes disculpas de lo pasado, frívolas, pero de bastante sustancia para colegir de ellas su arrepentimiento. Decian: « Que los Otomíes y Chontales, naciones bárbaras de su confederacion, habian juntado sus gentes « y hecho la guerra contra el parecer del senado, cuya « autoridad no habia podido reprimir los primeros ímpetus de su « ferocidad; pero que ya quedaban desarmados, y la república « muy deseosa de la paz: que no solo traian la voz del senado, « sino de la nobleza y del pueblo, para pedirle que marchase « luego con todos sus soldados á la ciudad, donde podrian de- « tenerse lo que gustasen, con seguridad de que serian asistidos « y venerados como hijos del sol y hermanos de sus dioses. » Y últimamente concluyeron su razonamiento, dejando mal encubierto el artificio en todo lo que hablaron de la guerra pasada; pero no sin algunos visos de sinceridad en lo que proponian de la paz.

Disculpas y proposicion del senado.

Hernan Cortés, afectando segunda vez la severidad, y negando al semblante la interior complacencia, les respondió solamente: « Que llevasen entendido, y dijesen de su parte al se- « nado, que no era pequeña demostracion de su be- « nignidad el admitirlos y escucharlos, cuando podian temer su « indignacion como delincuentes, y debian recibir la ley como « vencidos. Que la paz que proponian era conforme á su inclina- « cion; pero que la buscaban despues de una guerra muy injusta « y muy porfiada, para que se dejase hallar fácilmente, ó no la « encontrasen detenida y recatada. Que se veria cómo persevera- « ban en desearla, y cómo procedian para merecerla: y entre « tanto procuraria reprimir el enojo de sus capitanes, y engañar « la razon de sus armas, suspendiendo el castigo con el brazo le- « vantado, para que pudiesen lograr con la emienda el tiempo « que hay entre la amenaza y el golpe. »

Respuesta de Hernan Cortés.

Así les respondió Cortés, tomando por este medio algun tiempo para convalecer de su enfermedad, y para examinar mejor la verdad de aquella proposicion: á cuyo fin tuvo por conveniente que volviesen cuidadosos y poco asegurados estos mensageros, porque no se ensoberbeciesen ó entibiasen los del senado hallándole muy fácil, ó muy deseoso de la paz: que en este género de negocios suelen ser atajos los que parecen rodeos, y servir como diligencias las dificultades.

CAPITULO XXI.

Vienen al cuartel nuevos embajadores de Motezuma para embarazar la paz de Tlascala: persevera el senado en pedirla; y toma el mismo Jicotencal á su cuenta esta negociacion.

Creció con estas victorias la fama de los Españoles: y Motezuma, que tenia frecuentes noticias de lo que pasaba en Tlascala, mediante la observacion de sus ministros y la diligencia de sus correos, entró en mayor aprehension de su peligro, cuando vió sojuzgada y vencida por tan pocos hombres aquella nacion belicosa que tantas veces habia resistido á sus ejércitos. Hacianle grande admiracion las hazañas que le referian de los estrangeros, y temia, que una vez reducidos á su

Nuevos discursos de Motezuma.

obediencia los Tlascaltecas, se sirviesen de su rebeldía y de sus armas, y pasasen á mayores intentos en daño de su imperio. Pero es muy de reparar que en medio de tantas perplejidades y recelos no se acordase de su poder, ni pasase á formar ejército para su defensa y seguridad; ántes, sin tratar, por no sé qué genio superior á su espíritu, de convocar sus gentes, ni atreverse á romper la guerra, se dejaba todo á las artes de la política, y andaba fluctuando entre los medios suaves. Puso entónces la mira en deshacer esta union de Españoles y Tlascaltecas; y no lo pensaba mal: que cuando falta la resolucion, suele andar muy despierta y muy solícita la prudencia. Resolvió para este fin hacer nueva embajada y regalo á Cortés: cuyo pretesto fué, complacerse de los buenos sucesos de sus armas, y de que le ayudase á castigar la insolencia de sus enemigos los Tlascaltecas; pero el fin principal de esta diligencia fué pedirle con nuevo encarecimiento que no tratase de pasar á su corte con mayor ponderacion de las dificultades que le obligaban á no conceder esta permision. Llevaron los embajadores instruccion secreta para reconocer el estado en que se hallaba la guerra de Tlascala; y procurar, en caso que se hablase de la paz, y los Españoles se inclinasen á ella, divertir y embarazar su conclusion, sin manifestar el recelo de su príncipe, ni apartarse de la negociacion hasta darle cuenta, y esperar su órden.

No se acuerda Motezuma de sus fuerzas.

Nueva embajada de Motezuma.

Instruccion secreta de sus embajadores.

Vinieron con esta embajada cinco Mejicanos de la primera suposicion entre sus nobles, y pisando con algun recato los términos de Tlascala, llegaron al cuartel poco despues que partieron los ministros de la república. Recibiólos Hernan Cortés con grande agasajo y cortesía, porque ya le tenia con algun cuidado el silencio de Motezuma. Oyó su embajada gratamente: recibió tambien y agradeció el presente, cuyo valor seria de hasta mil pesos en piezas diferentes de oro ligero, sin otras curiosidades de pluma y algodon: y no les dió por entónces su respuesta, porque deseaba que viesen ántes de partir á los de Tlascala rendidos y pretendientes de la paz: ni ellos solicitaron su despacho, porque tambien deseaban detenerse; pero tardaron poco en descubrir todo el secreto de su instruccion, porque decian lo que habian de callar, preguntando con poca industria lo que venian á inquirir: y á breve tiempo se conoció todo el temor de Motezuma, y lo que importaba la paz de Tlascala para que viniese á la razon.

Llegan al cuartel de los Españoles.

Oyelos Cortés.

Suspende la respuesta.

La república entre tanto, deseosa de poner en buena fe á los Españoles, envió sus órdenes á los lugares del contorno para que acudiesen al cuartel con bastimentos, mandando que no llevasen por ellos precio ni rescate: lo cual se ejecutó puntualmente; y creció la provision, sin que se atreviesen los paisanos á recibir la menor recompensa. Dos dias despues se descubrió por el camino de la ciudad una considerable tropa de Indios, que se venian acercando con insignias de paz: y avisado Cortés, mandó que se les franquease la entrada: y para recibirlos, mezcló entre su acompañamiento á los embajadores mejicanos, dándoles á entender que les confiaba lo que deseaba poner en su noticia. Venia por cabo de los Tlascaltecas el mismo Jicotencal, que tomó la comision de tratar ó concluir este gran negocio: bien fuese por satisfacer al senado, emendando con esta accion su pasada rebeldía; ó porque se persuadió á que convenia la paz, y como ambicioso de gloria no quiso que se debiese á otro el bien de su república. Acompañábanle cincuenta caballeros de su faccion y parentela, bien adornados á su modo. Era de mas que mediana estatura, de buen talle, mas robusto que corpulento: el trage un manto blanco airosamente manejado, muchas plumas, y algunas joyas puestas en su lugar: el rostro de poco agradable proporcion; pero que no dejaba de infundir respeto, haciéndose mas reparable por el denuedo que por la fealdad. Llegó con desembarazo de soldado á la presencia de Cortés, y hechas sus reverencias, tomó asiento, dijo quien era y empezó su oracion « confesando que tenia toda la « culpa de la guerra pasada, porque se persuadió á que los Espa- « ñoles eran parciales de Motezuma, cuyo nombre aborrecia; pero « que ya, como primer testigo de sus hazañas, venia con los mé- « ritos de rendido á ponerse en las manos de su vencedor, deseando « merecer con esta sumision y reconocimiento el perdon de su re- « pública; cuyo nombre y autoridad traia, no para proponer, sino « para pedir rendidamente la paz, y admitirla como se la quisiesen « conceder: que la demandaba una, y dos y tres veces en nombre « del senado, nobleza y pueblo de Tlascala, suplicándole con todo « encarecimiento que honrase luego aquella ciudad con su asisten- « cia, donde hallaria prevenido alojamiento para toda su gente, « y aquella veneracion y servidumbre que se podia fiar de los que « siendo valientes, se rendian á rogar y obedecer; pero que sola- « mente le pedia, sin que pareciese condicion de la paz, sino dá- « diva de su piedad, que se hiciese buen pasage á los vecinos, y « se reservasen de la licencia militar sus dioses y sus mugeres. »

Asisten los Tlascaltecas á la provision del cuartel.

Vienen nuevos embajadores de Tlascala.

Oyelos Cortés en presencia de los Mejicanos.

Viene Jicotencal con esta embajada.

Cómo venia, y cómo era.

Sustancia de su oracion.

Agradó tanto á Cortés el razonamiento y desahogo de Jicotencal, que no pudo dejar de manifestarlo en el semblante á los que le asistian, dejándose llevar del afecto que le merecian siempre los hombres de valor; pero mandó á doña Marina que se lo dijese así, porque no pensase que se alegraba de su proposicion: y volvió á cobrar su entereza para

Agradó á Cortés el despejo de Jicotencal.

Respuesta de Cortés.

ponderarle, no sin alguna vehemencia, « la poca « razon que habia tenido su república en mover una « guerra tan injusta, y él en fomentar esta injusticia con tanta « obstinacion. » En que se alargó sin prolijidad á todo lo que pedia la razon: y despues de acriminar el delito, para encarecer el perdon, concluyó « concediendo la paz que le pe- « dian, y que no se les haria violencia ni estorsion « alguna en el paso de su ejército: » á que añadió, « que cuando lle- « gase el caso de ir á su ciudad, se les avisaria con tiempo, y « se dispondria lo que fuese necesario para su entrada y aloja- « miento. »

Concede la paz, y toma tiempo.

Sintió mucho Jicotencal esta dilacion, mirándola como pretesto para examinar mejor la sinceridad del tratado: y con los ojos en el auditorio dijo: « Razon teneis, o teulés grandes « (así llamaban á sus dioses) para castigar nuestra ver- « dad con vuestra desconfianza; pero si no basta para « que me creais el hablaros en mí toda la república de Tlascala, « yo que soy el capitan general de sus ejércitos y estos caba- « lleros de mi séquito, que son los primeros nobles, y mayores « capitanes de mi nacion, nos quedaremos en rehenes de vues- « tra seguridad, y estaremos en vuestro poder pri- « sioneros ó aprisionados todo el tiempo que os de- « tuviéreis en nuestra ciudad. » No dejó de asegurarse mucho Hernan Cortés con este ofrecimiento; pero como deseaba siempre quedar superior, le respondió: « Que no era menes- « ter aquella demostracion para que se creyese que « deseaban lo que tanto les convenia; ni su gente necesitaba de « rehenes para entrar segura en su ciudad, y mantenerse en ella « sin recelo, como se habia mantenido en medio de sus ejércitos « armados; pero que la paz quedaba firme y asegurada en su « palabra, y su jornada seria lo mas presto que se pudiese dis- « poner. » Con que disolvió la plática, y los salió acompañando hasta la puerta de su alojamiento, donde agasajó de nuevo con los brazos á Jicotencal: y dándole despues la mano, le dijo al despedirse: « Que solo tardaria en pagarle aquella visita el breve « tiempo que habia menester para despachar unos embajadores « de Motezuma. » Palabras que dieron bastante calor á la negociacion; aunque las dejó caer como cosa en que no reparaba.

Segunda instancia de Jicotencal.

Ofrece quedarse en rehenes.

No lo admite Cortés.

Púsole al despedirse en nuevo cuidado.

Quedóse despues con los Mejicanos, y ellos hicieron grande irrision de la paz, y de los que la proponian, pasando á culpar, no sin alguna enfadosa presuncion, la facilidad con que se dejaron persuadir los Españoles: y volviendo el rostro á Cortés le dijeron, como que le daban doctrina: « Que se ad- « miraban mucho de que un hombre tan sabio no co- « nociese á los de Tlascala, gente bárbara que se « mantenia de sus ardides mas que de sus fuerzas: y que mirase lo « que hacia, porque solo trataban de asegurarle, para servirse « de su descuido, y acabar con él y con los suyos. » Pero cuando vieron que se afirmaba en mantener su palabra, y en que no podia negar la paz á quien se la pedia, ni faltar al primer instituto de sus armas, quedaron un rato pensativos; de que resultó el pedirle, convertida en ruego la persuasion, que dilatase por seis dias el marchar á Tlascala, en cuyo tiempo irian los dos mas principales á poner en la noticia de su príncipe todo lo que pasaba, y quedarian los demas á esperar su resolucion. Concedióselo Hernan Cortés, porque no le pareció conveniente romper con el respeto de Motezuma, ni dejar de esperar lo que diese de sí esta diligencia, siendo posible que se allanasen con ella las dificultades que ponia en dejarse ver. Así se aprovechaba de los afectos que reconocia en los Tlascaltecas y en los Mejicanos: y así daba estimacion á la paz, haciéndosela desear á los unos y temer á los otros.

Discurso de los Mejicanos sobre la embajada de Tlascala.

Piden los Mejicanos que se dilate la resolucion.